

Tiempo y Eternidad

José Manuel Otaolaurruchi, L.C.

Déjate quemar, si quieres alumbrar

La humanidad lleva siglos con el inveterado deseo de querer tocar a Dios, de experimentarlo tal cual es, sin resolver. Hemos conquistado el espacio, pero no hemos resuelto el problema de Dios. La dificultad puede ser de orden metodológico, ya que en realidad es Dios quien toca al hombre y no al revés.

Dios nos toca de varias maneras: Una primera forma es a través de la ciencia. Recomiendo leer el libro, *¿Cómo habla Dios?*, de Francis S. Collins, director del *National Human Genome Research*. Este científico dio a conocer, en el año 2005, uno de los hallazgos más fascinantes de la historia, “el genoma humano”. Un código oculto de 3,000 millones de letras. ¡Un mundo de información contenido en cada célula! Todo un manual de funcionamiento que explica el desarrollo básico de un ser humano. Collins era un científico ateo que llegó a Dios a través de la creación. Partió del ámbito de la razón para llegar a la fe. No cometió el error de querer colocar a Dios en el portaobjetos del microscopio para examinarlo, sino que, conociendo a la creatura, se encontró con el Creador.

El segundo camino es directo y rápido, el de la fe. El pasaje del leproso que sale al encuentro de Jesús nos lo enseña. Este hombre le suplicó de rodillas: “Si tú quieres, puedes curarme. Jesús se compadeció de él y, extendiendo la mano, lo tocó e inmediatamente se le quitó la lepra y quedó limpio” (Mc 1,40). En aquel tiempo la lepra era una enfermedad frecuente e incurable. Había muchos leprosos, pero sólo éste dejó que Dios lo tocara por la fe.

Finalmente, para los que ni somos científicos ni esperamos manifestaciones extraordinarias, podemos experimentar a Dios a través de los sacramentos, especialmente el de la confesión. Cuando una persona se confiesa experimenta sensiblemente la curación de su alma. Sabe que sus pecados quedan perdonados. Yo he sido testigo al ver cómo los puños se aflojan, cómo después de reconocer las faltas, la voz descansa, cómo salen totalmente dichosos del confesionario. Dios quiere curarnos, pero antes debemos dejarnos tocar por él. Juan Pablo II llamaba a la confesión, la caricia de la misericordia. ¡Qué hermosa definición! La caricia es una expresión de cariño, de ternura, de amor, de consuelo. A Dios lo experimentamos sensiblemente en la confesión humilde y sincera de nuestros pecados.

Dios sale a nuestro encuentro a través de la ciencia, de la fe, de las experiencias humanas y en lo íntimo de nuestro corazón, por eso, hay que dejarse quemar para alumbrar, dejarse querer para aprender amar, dejarse conquistar para triunfar.

twitter.com/jmotaolaurruchi